

Jorge Esquinca:

Nació en la ciudad de México en 1957. Vive en Guadalajara. Fue editor del suplemento cultural *Nostromo* y columnista de la revista *Vuelta*.

Tiene publicados, entre otros, los siguientes libros de poesía: *Alianza de los reinos* (Fondo de Cultura Económica, 1988), *Paloma de otros diluvios* (Taller Martín Pescador, 1990), *El cardo en la voz* (Joaquín Mortiz, 1991), *Isla de las manos reunidas* (Aldus, 1997). *Paso de ciervo* (FCE, 1998), *Vena cava* (Era, 2002). Con el título *Región 1982-2002*, la Universidad Nacional Autónoma de México publicó en 2004 su poesía reunida. Posteriormente han aparecido *Uccello* (Bonobos, 2005), *Cuaderno para iluminar* (Mantis Editores, 2008).

Su libro más reciente: *Descripción de un brillo azul cobalto*, se publicó en España con el sello de la editorial Pre-Textos y obtuvo en 2009 el Premio Iberoamericano de Poesía Jaime Sabines para Obra Publicada.

Ha traducido libros de Pierre Reverdy, Henri Michaux, André du Bouchet, Alain Borer, Maurice de Guérin, Adonis, W.S. Merwin y H.D, entre otros.

Ha publicado un volumen de ensayos, *Elogio del libro* (Rayuela, 2000) y un libro de artista: *Piedra. Una fábula* (Petra Ediciones, 2002) con obra plástica de Jan Hendrix. En 1990 le fue concedido el Premio de Poesía Aguascalientes y al año siguiente el Premio Nacional de Traducción de Poesía. Ha obtenido becas del Ministerio de Cultura de Francia y de la Fundación Civitella Ranieri de Italia. Durante nueve años coordinó las actividades culturales de la Librería José Luis Martínez del Fondo de Cultura Económica en Guadalajara. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Nacimiento de las alas

Lo primero que vio fue el desierto. La cotidiana extensión de la sed y una lágrima en la palma de su mano. Al término de la tercera jornada escuchó la voz sin rumbo del ángel de las dunas y pudo atisbar, en el centro de la tolvanera, el resplandor del árbol cuyas raíces se pierden cielo adentro. Adivinó entonces que su deseo era un manantial inconstante, un lamento de la arena. Al subir la escalinata del templo sus pies descalzos rozaban apenas las gradas derruidas. “éste es el día de la paciencia –murmuró–, el reposo de la Migratoria que, alanceada como el ciervo en los olivos, riega de luces la mañana.”

Al llegar a la cima se detuvo para mirar por última vez el desierto.

De “El Cardo y la Voz”